

# Viernes de luto

Basaldúa Silva, Jorge

1996

---

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5429>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

## VIERNES DE LUTO

JORGE BASALDÚA SILVA\*

El potente chorro de agua de la regadera afianzó la hermosa mañana de viernes. Un sol cálido, poco común en la ciudad, entraba por la ventana de la cocina donde el café caliente sobre la estufa estaba listo para ser tomado. José Luis se había dado tiempo de poner un lugar en la mesa de la cocina y preparar su desayuno. Había amanecido de buen humor contagiado tal vez por el cielo despejado y más que nada por la feliz idea del cercano fin de semana. La loción después de afeitarse acrecentó su ánimo despierto. Se vistió de prisa, aunque tenía tiempo suficiente para llegar al trabajo. Quería estar temprano en la oficina. Tomó su tarro preferido y sirvió el humeante café. Le dio un sorbo. "Excelente" —pensó complacido. Preparó unos huevos rancheros y se dispuso de buen grado a tomar sus alimentos. Sin levantarse, extendió la mano para encender la radio sintonizando como siempre el noticiero matutino. Le gustaba enterarse de los asuntos nacionales apenas se iniciaba el día. Tomó otro trago de café con parsimonia y confirmó su agradable sabor.

Apenas encendida la radio, la voz sombría del locutor inició el desconcierto. Opacas palabras salían del aparato receptor.

—Ésta fue hasta ayer su amable presencia. Nos hemos quedado sin un gran hombre —dijo la voz entrecortada del conductor—. Vamos a un corte y continuamos.

José Luis quedó pensativo, golpeado por el mal presagio.

—Y ahora ¿quién se habrá muerto?

Muchos nombres cruzaron por su mente. Se detuvo en algunos imaginando la pena que le daría enterarse de que ahora eran parte de la muerte. Prefirió evadir aquellos rostros entrañables. Sin embargo, fue inevitable sacudirse de aquel impacto. Su mente ca-

---

\* Jefe de Difusión Cultural y Divulgación, UIA-Golfo Centro.

minó sin tropiezo por el nutrido mundo de las paradojas. Pensó en la intrascendencia, en lo efímero de la vida. Con ansiedad se fijó en la idea de que hagas lo que hagas, por importante que parezca, acabarás muriéndote algún día. Intrigado puso atención al radio mientras tragaba con trabajo un pedazo de huevo con tortilla dorada.

La cortinilla sórdida confirmó la pesadumbre: —Nuestro compañero, que desde temprana hora está en la agencia funeraria, nos informa que una multitud espera en la calle para dar el último adiós a este ilustre mexicano —dijo el locutor tratando de mantener la voz firme, y agregó: —Ahora nos entrelazamos. Estamos al aire —avisó al reportero.

Una crónica fúnebre reconstruía la gris atmósfera del recinto. La voz pausada y grave nombraba con solemnidad a las personalidades que ya desde muy temprano se habían dado cita en el lugar. Se trataba de una verdadera tragedia según se podía escuchar.

Una a una, las voces de los personajes fueron reafirmando el clima de profunda consternación. Unos citaron anécdotas de juventud, otros, los más cercanos, refirieron los días pasados cuando alegremente convivieron con el ahora difunto. Algunos más sólo alcanzaron a balbucir algunas palabras irreconocibles antes de soltar el llanto.

Para entonces, el café de José Luis se enfriaba sin remedio sobre la mesita de la cocina. En la panera, las conchas ignoradas recibían alguna que otra mosca mañanera. Ante el suceso José Luis había perdido por completo el apetito.

Estuvo a punto de llamar a un amigo para saber si estaba enterado de la muerte de alguien tan querido, pero recordó que su teléfono estaba desconectado.

—Qué mala suerte— insinuó maldiciendo. Caminó a su recámara mientras miraba su reloj. Eran las ocho y cuarto. Buena hora para salir a trabajar. Siendo aún temprano decidió encender el televisor.

—Seguramente ahí dirán de quién se trata— pensó.

La primera imagen que apareció en la pantalla fue la fotografía de un niño sonriente y sano. Aquella visión lo aturdió aún más. A ella le siguieron fotografías del álbum familiar acompañadas de la voz, notoriamente conmovida, del comentarista que intentaba reconstruir con su mejor esfuerzo la feliz vida del ya ausente.

—Aquí lo vemos con sus hermanos en la casa paterna cuando tenía dieciocho años. José Luis trató de adivinar de quién se trataba, pero las viejas imágenes no le decían nada.

Se acomodó intrigado en la esquina de la cama, encendió un cigarro y se dejó envolver por una creciente tristeza.

“Tanta losanía ahora muerta” —pensó. Qué pena que la vida tenga que ser así. Sus ojos sumidos en una especie de hipnosis siguieron paso a paso la hasta ayer vida de aquel hombre sin nombre. La edición era trabajosa, torpe. Se notaba que aquel deceso había tomado por sorpresa a propios y extraños. Con el fin de reforzar las imágenes que se transmitían, el director del noticiero las hizo acompañar de música de la época.

Aquello era una desgracia de selección musical, resultaba evidente que más que reconstruir una vida, lo que intentaba era confirmar la trayectoria de una muerte anunciada. No era posible tanto desasosiego, pensó José Luis mientras encendía otro cigarro. De pronto el conocido titular del matutino con el pañuelo negro en la bolsa del saco mandó cámaras y micrófonos a la agencia funeraria.

Las imágenes eran aterradoras. En la penumbra los sollozos se multiplicaban. Después de un paneo atropellado por fin se fijó la señal. Junto al ataúd una guardia de honor se mantenía impassible. Los semblantes desencajados denotaban la aguda consternación.

Al fondo una corona fúnebre tenía una leyenda. En ella seguramente aparecería el nombre del difunto, pero la lejanía y la mala iluminación impedían leerla. “Ojalá hagan un acercamiento” —pensó José Luis visiblemente acongojado.

La cámara hizo un movimiento, parecía que el camarógrafo trataba de acercarse, casi pudo leer el nombre, pero sólo descubrió unas iniciales en otro rincón del recinto. Se leía con dificultad R.E.T. Aquellas letras estallaron en la aturdida mente de José Luis: “Raúl, Roberto, Ricardo, Rosendo, pero qué: Esquivel, Estrada, Elizondo, quién sabe” —se dijo desanimado.

La cámara inició un *zoom*. Entonces pudo ver bien, no era R.E.T. sino R.I.P. Aquel nuevo emplazamiento lo desconcertó; parecía que la orden era mirar el interior de la caja que aún se mantenía abierta en una de sus partes.

—Cómo es posible —gritó José Luis indignado—. Estos cabrones no respetan ni a su madre. El féretro *in crescendo* calló en su estómago como un golpe fulminante. No sería capaz de ver aquel

rostro yerto con su muerte apenas iniciada. Era el colmo de la porquería informativa. No soportó ni un segundo más aquel tético espectáculo. Con los ojos rojos de malestar y pesadumbre, horrorizado, se levantó furioso a apagar la televisión. La imagen magnificada le permitió alcanzar a ver la leyenda de la corona: "Hasta siempre José, tus hijos."

Eran diez para las nueve. El viernes estaba vestido de luto. Recogió con desgano su portafolios y salió del departamento visiblemente agobiado. Cerró despacio la puerta como tratando de no faltar al respeto al difunto que a esas horas se enfriaba solo en su caja de muerto.

Afuera lo esperaba una calle aplastada por la pena. Bajó en silencio las escaleras, se frotó los ojos irritados e inició su diario trayecto cargando una pena lastimosa y sin saber a ciencia cierta quién carajos era aquel muerto.